

cias" ni alguna otra palabra de circunstancia. Optó por la risa una vez más, para ocultar su nerviosismo ante el espontáneo gesto de coquetería.

Volvieron al hotel en silencio, dejando en la tienda perfumada esos instantes de complicidad ligera. Las circunstancias rectificaban por sí solas abandonarse a la despreocupación. Se despidieron hasta el día siguiente y esa misma tarde el coche de Antonieta desenredó la larga carretera entre los pinos ebrios de soledad y de elevación. La incógnita sobre la naturaleza del regimiento que los capitalinos deparaban a la causa se despejó temprano en la mañana de ese domingo 10 de marzo de 1929. "Todo México se había dado cita".* El coche de Vasconcelos se abrió paso entre la multitud arremolinada desde el inicio del Paseo de la Reforma hasta la plaza de Santo Domingo, donde se realizaría el mitin. Hubo un primer alto en la columna de la Independencia, donde, a la sombra del ángel que, con la fisonomía de los Rivas Mercado, miraba al nuevo apóstol, un estudiante tomó la palabra. Se trataba de Alejandro Gómez Arias, famoso en el sector universitario tanto por sus dones de oratoria, que ya le habían valido varios premios, como por su liderazgo estudiantil en la todavía Universidad Nacional de México, a la que le faltaban unos meses para convertirse en Autónoma. De su breve discurso, quedarían en la Historia, pero tergiversadas, sus palabras iniciales: "Hoy que es domingo de Ramos..." La simple retórica bastó para transfor-

mar el acto político en una suerte de resurrección nacional, y, al propio Vasconcelos, en un símil del Cristo que predicaba el reino del amor bajo la amenaza de las espadas.

Antonieta estaba en la plaza de Santo Domingo, esperando entre la multitud la llegada de quien por sus palabras y por los sueños de la nación devenía avatar de Quetzalcóatl, Prometeo, Cristo. El cortejo se demoró cuatro horas en recorrer siete kilómetros.

Vasconcelos se dejó llevar por las parábolas que accidentalmente los acontecimientos y la muchedumbre habían urdido para fijar ese día en la Historia del país. "Recordó el antiguo mito de Quetzalcóatl, Prometeo, protector de las artes, de la paz, fomentador de la civilización, a quien castigaron, no los dioses sino los propios mortales favorecidos, adversario eterno del sangriento Hutzilopochtli, guerrero cruento: batalladores que se disputaban aún la tierra del águila y la serpiente".*

Cuando Antonieta reconstruyó, un año más tarde, ese Domingo de Ramos, cerró el relato con un incidente protagonizado por una anciana indígena, "gota de agua de la inmensa muchedumbre".* Vasconcelos se alejaba a pie por las calles vecinas a la plaza de Santo Domingo cuando esta anciana de cabeza cubierta por un rebozo bíblico se echó a sus pies, le abrazó las rodillas, repitiendo el gesto de Tetis en su saludo a los dioses. "Una sola palabra llenó su boca, humedeció sus ojos: *Padre*".* Impresionada, An-

MENSAJERO

VÍCTOR MANUEL MENDIOLA

Antonio, ven a caminar conmigo,
vamos a ver los sauces del vivero
que están temblando bajo el sumidero
azul del aire. Tú eres el testigo
de esta mañana como un agujero
del cielo enorme donde yo te sigo
sin rumbo, como quien sigue a su amigo;
te sigo en este día mensajero.
Tu camisa pacífica me gusta
con sus aires de vela desplegada
y con su inflado blanco de algodón.
En este día, el aire desajusta
los sauces con un verde en desvandada.
Ponte los tenis, vamos de excursión.

[VUELTA NÚM. 250, 1997]